

Covarrubias

863
A

PQ6503
A649
D6



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Num. Obs. N
Núm. Autor A719d
Núm. Adg. 33118
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificó 64
Catalogó

LOS DOS REYES.

NOVELA HISTORICA, ORIGINAL ESPAÑOLA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

Por Don Juan de Ariza.

A LA SEÑORA

Doña María de los Dolores Palomar
Y ARIZA.

*Madre mía: he procurado desde niño manifes-
tar á vd. un amor, que han robustecido los años.
Huérfano de padre en la cuna, he cifrado en un so-
lo objeto todo mi cariño filial, y Dios me ha con-
cedido una madre tan cariñosa, tan dulce y buena,
como yo podía desearla; pero mejor que la merezco.
Tengo recuerdos de mi vida mas halagüenos
ó mas amargos: nada me dice el porvenir: mi único
presente es vd. He trazado unas cuantas líneas,
á las que osaré llamar novela, y se las dedicó como
homenaje de gratitud, de amor y respeto.*

Su hijo.
J. DE ARIZA.

PRIMERA PARTE.

EL CASTILLO DE CARMONA.

CAPITULO I.

Gala del verjel ameno,
Flor, envidia de la aurora,
¿Qué activo y voraz veneno
Vertió en tu cándido seno
Su ponzoña destructora?
¿Qué oruga tanta belleza
Marchitar pudo inhumana?
MANUEL CAÑETE.

EN la fortaleza de Carmona, á mediados del si-
glo XIV, habia colocado Don Pedro, rey de Cas-
tilla y de Leon, tres tesoros de gran valía.

Consistia el primero en sus alhajas mas preciosas y en buenas doblas castellanas; era el segundo su jóven hermano Don Juan, y el tercero una

Doña Inés, huérfana del comendador mayor de Castilla Don Lope Sanchez de Avendaño.

Era guardador de estos tesoros cierto Don Lope de Hineirosa, alcaide de la fortaleza, tutor de la huérfana Inés, carcelero del noble infante, y tio de Doña María de Padilla, la mas afortunada y discreta de todas las damas del rey.

El dia veinticinco de Octubre de mil trescientos cincuenta y nueve, en un aposento del castillo, colgado de tapices blancos y con sitials de la misma tela y color, estaba pensativa y triste la huérfana del comendador Avendaño.

Vestida Doña Inés de luto, daba mas encanto á su hermosura, dejando ver en sus miradas toda la altivez de una reina con la resignacion de una mártir.

Sus ojos negros y rasgados, bajo unas cejas bien marcadas y con larguissimas pestañas, estaban en perfecta armonía con la cabellera de ébano que, dando sombra á sus mejillas de un blanco mate, contorneaba un rostro oval, y se deslizaba por su cuello de cisne sobre una espalda de alabastro.

La nariz, un poco aguileña, tenia una correccion admirable, y su frente tersa y despejada, no dejaba ver todavia huellas de la meditacion dolorosa con que su alma pura se nutria.

Sus labios rojos y delgados, servian de velo á una dentadura de perlas; y plegándose dulcemente, abrian lento paso á una sonrisa siempre triste, pero siempre bondadosa y tierna. Una estatura algo elevada hacia mas esbelto su talle, y un pié y una mano pequeños terminaban este conjunto tan encantador por sus formas como seductor por su alma.

Doña Inés á los diez y ocho años habia sufrido grandes penas, y su razon, desarrollada por un infortunio terrible, no la presentaba un porvenir ni mas risueño, ni mas dulce.

98052

33118

La huérfana lloraba mil veces, y su alma, presa entre los muros del castillo, era una águila que busca aire; era un mundo que pide luz.

Lejos, muy lejos para siempre de las maternales caricias, privada de ese afecto santo que diviniza la existencia y encierra en sí mismo todos los goces inefables, vivía con el grave dolor de sus recuerdos, y no osaba concebir esperanzas, fugaces ordinariamente como las felicidades que crean.

Los asiduos cuidados, la solicitud de una dueña que fué su nodriza y su aya, eran los únicos alivios á su continuo padecer, y entre los brazos de esta mujer que la adoraba, daba libre curso á sus lágrimas, y desahogaba un tanto su corazón atormentado.

—Beatriz, que así se llamaba la dueña, era una mujer de diez lustros, y tan perfectamente conservada, que bien puede considerarse como un enorme tomo en folio, ya se atiende á lo abultado de su cuerpo, y ya á la mucha letra menuda que había sabido recoger en sus buenos tiempos, y que derramaba á manos llenas en copiosa lluvia de erudición, sobre cuantos tenían la fortuna de contemplar familiarmente sus reverendas y limpias tocas.

Esta dueña, mas que medianamente irascible, por su sistema sanguinoso y su saber grande y profundo, entraba en el blanco aposento á la hora que nos va ocupando. Su andar rápido y sin concierto hubiera revelado bien toda la agitación del ánimo, aun cuando no viniese en su ayuda un rostro amoratado y contraído, patente muestra de su honda cólera y despecho.

Confusa quedó Doña Inés al terrible aspecto de la dueña; y llegándose dulcemente al sitial en que había caído, la preguntó con interés qué grave causa producía tamaña agitación ó enojo.

La dueña, que por una reaccion violenta había pasado de la ira á un estúpido abatimiento apartó las manos, para dejar el rostro libre; y exhalando un hondo suspiro, muy semejante á la verdad á la aspiración de una ballena, exclamó lo mas trágicamente que en aquellos siglos románticos era dable á una mujer de largos lustros:

—¡No se puede vivir en este castillo!

Esta exclamación de la dueña no dejó de causar zozobra á su joven ama; pues acostumbrada Doña Inés á temer traiciones en todas partes, sospechaba que la agitación de la dueña era producida por el descubrimiento de algun plan, en todo ó en parte concebido contra la desgraciada hija del comendador Avendaño.

Enteramente preocupada por esta suposición, bastante posible en verdad, llegó sus labios á la mejilla de la dueña, y con una voz cariñosa la preguntó medio temblando:

—¿Qué te ha sucedido, Beatriz?

—¿Qué me ha sucedido? replicó la buena mujer respirando con mas estrépito. ¿Qué me ha sucedido? cosas que no puede temerse nadie, cosas que jamas acontecen en compañía de gente honrada; cosas que tienen lugar solo en este castillo endia-

blado, cuyos alcaides son verdugos y cuyo señor...

—Calla, Beatriz.

—No estaria malo que me callase, que sufriese con paciencia la desvergüenza de ese mozalvete.

—¿De quién hablas?

—¿No hay aquí ningun pajecito?

—¡Oh! muchísimos tiene el alcaide.

—No hablo de D. Lope Hínestrosa, replicó la rolliza dueña con nuevas muestras de despecho; hablo del boquirubio Enrique, del ojo derecho de D. Juan, ese hermano del rey, que al fin como de mala casta no ha de tener elección buena; y se divierte con mi enfado, como si yo fuese el hazmereir de Carmona.

No pudo contener una sonrisa Doña Inés, y resintiéndose Beatriz prosiguió sus lamentaciones.

—Pues; todos se divierten conmigo: la hija de mis queridos amos, la que ha mamado de mis pechos, la que me tiene como una madre, y á la que quiero como á mí misma, hace causa comun con D. Juan y se atreve á reír en mis barbas, la dueña las tenía cumplidas, las desvergüenzas de Enrique.

—Tranquilízate por Dios, Beatriz, y dame cuenta por estenso del grave crimen que te enoja. Yo estoy muy interesada en calmar tu pena y te ofrezco á nombre del mozo una satisfacción cumplida.

—Bien la necesito, Inés mía, respondió la grave matrona poniendo diques al enfado. Figúrate tú que yo estaba muy entretenida en mi aposento, rezando ciertas devociones y santiguándome á mi sabor, segun el rezo lo pedia, cuando percibo un leve ruido, y volviendo presto la cara, veo... ¿A que no adivinas lo que ví?

—No llega mi penetración á tanto; pero seria cosa notable.

—Ví al tunante de Enrique, con mis tocas en la cabeza y santiguándose como yo. Enojada de tal descoco quiero castigar su insolencia; mas en vez de postrarse humilde empieza á correr por la cuadra, llevando en su mano mis tocas, y cuando ya voy á cogerlo me las tira el infame á los piés, y sin saber cómo ni cuándo, caigo de boca y me reviento las narices. Empiezo á pedir misericordia, y el muy ladino me levanta habiéndose recobrado mi saya, y diciendo con voz melosa: "Reciba este auxilio, hermanita, de una que lo es de caridad." Yo le cogí por los cabellos; mas en el momento de tirarle puso una cara tan doliente, que se los solté sin hacerle daño y tuve la debilidad de reírme.

—Así la reconciliación fué completa.

—Por un instante. Transigida nuestra refriega, se echó á mis piés como un doguillo, y con su vocécita de tiple empezó á decirme en todos tonos: "Yo conozco que soy muy malo y que voy pasando los dias sin hacer cosa de provecho; si mi señora y respetable dueña tuviera á bien el referirme alguna crónica, ó relatar algunos hechos de los que á su vista pasaron, yo me tendria por muy dichoso, y esta conferencia cederia siem-

pre en bien del paje y en honra y pro de tan entendida matrona. Yo que no soy amiga de tener callado lo que en mis tiempos aprendí del buen Anton Perez, mi esposo, y que relaté como nadie lo que he presenciado yo misma, tomé en mis manos la calceta y empecé á contarle en el punto la conversacion del rey Caredo. Apenas había soltado el nombre, cuando cáta al señor paje que con un tono de maestra dice: "Dueña, habeis añadido una i."

—Y no le faltaba razon.

—No quise mantener disputas; y continuando mi historia llevo por sus pasos contados al martirio de su visabuelo San Hemigildo. "Qué San Hemigildo ni qué visabuelo," dijo el paje haciendo un par de piruetas; y sin escuchar mis razones se fué cantando alegremente una tonadilla de caza.

—¿Se puede sufrir esto, Inés? ¿Está en el orden que un muñeco con diez y seis años en junto deje á una mujer de mi tomo con las palabras en la boca, y se vaya tarareando?

—No hay duda, replicó Doña Inés disimulando su sonrisa, que ha delinquido gravemente y que una corrección severa debe seguirse á su delito.

—Tampoco hay duda, repitió la respetable dueña, todavía bastante enojada; pero no la dejó seguir el ruido de pasos que en las aatesalas oyeron, y momentos despues una voz que vibrante y dulce á la vez pedia permiso para entrar.

CAPÍTULO II.

Un alma triste, otra alma
Triste es forzoso que busque.
Nudo que labró el destino
Ningun poder le destruye:
No existe muro, por fuerte,
De que el amor no se burle;
Y los hierros y el cadalso
Le quitan, no le aburren.
AURELIANO FERNANDEZ GUERRA.

OBTENIDA al punto la vènia, entró en el elegante aposento un bizarro joven, de diez y ocho años escasos, pero de varonil continente. Sus ojos pardos destellaban con el fuego de la juventud, y sus cejas grandes y espesas se confundian ligeramente sobre una frente despejada.

Una nariz bastante aguileña armonizaba perfectamente con su rostro en alguna manera largo; y sus labios un poco gruesos daban á su fisonomía aquella espresion de bondad que tan bien se aduna con la fuerza. Abundantes cabellos negros caian en bucles sobre su cuello, y se avenian con una tez morena y enteramente sonrosada. Un elegante vestido de caza cubria sus formas, y asentaba bien á una estatura elevada, esbelta y arrogante. Pendia de su cinto una daga toda de acero, mas cincelada con primor, así como un riquísimo cuerno de caza. Este joven se llamaba D. Juan, y era uno de los hijos bastardos del rey D. Alonso el Onceno.

Huérfano á los ocho años de edad, fué separado de Doña Leonor de Guzman, su madre, y puesto al cuidado de Hínestrosa por orden de su hermano D. Pedro. Estraño siempre á las disensiones civiles, había padecido sin quejarse en un cautiverio de diez años, ejercitándose en la caza, y suspirando por la guerra. Su carácter franco y alegre había sufrido cuatro meses antes una modificación estraordinaria, y cuya causa desconocian los habitantes del castillo. Triste y un tanto suspicaz desde el 25 de Junio, hablaba con grande reserva y meditaba amargamente. Este cambio tan repentino no dejaba de tener su origen, y se nos presenta ocasion de revelarlo francamente. El dia 25 de Junio llegó á los muros de Carmona un mensajero de D. Enrique, despues segundo de este nombre y á la sazón de Trastámara, el cual era portador de un regalo que al joven D. Juan remitía el bastardo de D. Alonso. Consistía éste en un hermosísimo caballo tordo y en una daga del mas primoroso trabajo. Al entregar el mensajero la hermosa daga apretó con fuerza y recato la diestra del joven, y apenas se vió D. Juan en su aposento logró descubrir en la vaina una tira de pergamino, en la cual estaban escritas estas misteriosas palabras.

"En el Alcázar de Sevilla, y en el dia 29 de Mayo, hizo asesinar el rey D. Pedro á su noble hermano D. Fadrique, el Gran Maestre de Santiago y conquistador de Jumilla. Sus hermanos maternos han repartido sus caballos y sus preseas, para recuerdo de venganza, y toca á D. Juan, uno de ellos, su hermosísimo caballo tordo y su daga de firme temple."

Un poco mas bajo se leia:

"En mil trescientos cincuenta y uno, y en Talavera de la Reina, fué asesinada Doña Leonor de Guzman, madre de los bastardos del rey Alonso, por orden de Doña Maria de Portugal, madre del rey D. Pedro."

Desde la fecha referida se oscureció el rostro del infante, y no permitió montar mas caballo que el tordo, ni ceñir mas armas que la daga del malogrado Gran Maestre.

En esta disposición triste de ánimo, á la que se unia una inquietud bastante viva, entró el arrogante mancebo á la presencia de Doña Inés. La dueña, que vió una ocasion como llovida de dar su queja contra Enrique, supo asirla por el cabello; y no escaseando los dieterios al revoltocillo muchacho, desencadenó su ancha lengua, poniendo á prueba la paciencia del pobre infante, que no pensaba ciertamente en escuchar tan gran filípica. Desahogada que fué su hílís, se acordó de algunos quehaceres, y murmurando entre sus labios, por no abundar mucho sus dientes, dejó al fin en paz á los interesantes jóvenes.

Grandes deseos tenia el infante de hallarse á solas con Inés; mas habiéndolo conseguido, demostraba con sus maneras un mal encubierto embarazo, y revelaba su silencio el temor y al par el deseo de promover esplicaciones. Tambien el rostro de la bella dejaba ver algunas señales de

su conmoción interior; pero no atestiguaban tanta lucha, ni una incertidumbre tan grande.

—Infante, dijo Doña Inés, muy de mañana me haceis hoy vuestra siempre grata visita.

—Desde muy niño, replicó el infante, tengo señaladas mis horas por una voluntad siempre estraña; mas sin embargo de esta voluntad que me oprime, procuro cumplir mis palabras, y nunca falto á mis promesas. ¿Me parece que lo hago así?

—No puedo dudar de ello, D. Juan.

—Pues permitidme, señora, hoy, que para reclamar una promesa y cumplir con una palabra, trace una tristísima historia.

—Podeis decir cuanto os agrade.

—Una catástrofe sangrienta os hizo venir á este castillo, en el que contaba yo diez años de sufrimientos y opresión. Los cuidados de vuestra madre y el tener el triste consuelo de confundir amargas lágrimas, pudieron no haceros precisa la amistad de un hombre, que solo presentaba los títulos de un infortunio semejante. Mas yo que habia llorado siempre solo; yo, que sin una dulce simpatía necesitaba un santo amor, como las flores el rocío, no pude contemplar tanta hermosura sin sentir el fuego divino que presta vida al alma como el sol á cien y cien mundos. Embelesado con mi amor, tuve bastante fuerza para callarlo; mas el día veintiuno de Agosto, día tristísimo para vos...

—Sí, el mas triste de toda mi vida, repuso Doña Inés llorando. ¡En él perdí lo que mas amaba; en él murió mi tierna madre!

—Cuando inclinada sobre su rostro inanimado pediais un protector al cielo, yo, el hijo de D. Alonso Onceno, una mano puesta sobre la frente de vuestra madre y fija la otra sobre la santa cruz de esta daga, juré á vuestros padres y á los míos ser el protector de la huérfana.

D. Juan se detuvo un momento, y las lágrimas de Doña Inés corrieron en anchos raudales. Despues, haciendo un esfuerzo el infante, continuó bastante agitado:

—Al pronunciar mi juramento salió de mis labios, señora, una palabra de pasión por mucho tiempo comprimida; la considerasteis entonces como grave ofensa á vuestra madre, y me prohibisteis hablar de ello en días destinados al dolor. A mis reiteradas instancias para que fijaseis un término á ese aislamiento de pesar, condescendisteis en uno largo, pero que hoy mismo está cumplido.

Aquí se interrumpió D. Juan, y despues de una breve pausa, continuó con grande energía:

—Vengo á renovar mi juramento y á ofreceros mi amor y mano.

—¿Qué pretendéis, D. Juan, de mí?

—Pretendo un bien, dijo el infante con toda la efusión de su alma, que puede embellecer mis días, y endulzar en un solo punto una existencia bien amarga.

—¿Habeis pensado alguna vez sobre nuestra posición, infante?

—Hace mucho tiempo que la examino.

—¿Y no encontráis en ella, D. Juan, alguna cosa estraordinaria, alguna voluntad suprema que no permita nuestro amor?

—¿Puede existir poder alguno que domine sobre las almas? ¿alguna voluntad mas fuerte que la de un amor acendrado? El cetro de los reyes es nada, y...

—¿El hacha de los verdugos?

—¿Doña Inés!

Profundo silencio guardaron los dos jóvenes, y se miraban fijamente. La sangre de D. Juan ardía como las entrañas del Etna, y su mano tocó dos veces la empuñadura de su daga. Reprimiéndose poco á poco cogió la diestra de la hermosa, y colocándola sobre su pecho, la dijo con tranquilidad aparente:

—Teneis mucha razón, señora, mi corazón está tranquilo, y los verdugos no me espantan; pero mi nombre está proscrito, y no debe buscar amparo una azucena fresca y pura bajo un renuevo que el aire azota y que los torrentes socavan. El amor del triste prisionero puede ser un tósigo ardiente, y vos no debeis respirarlo. Teneis mucha razón, señora, en recordarme los verdugos.

La mano de Inés, dejada repentinamente por Don Juan, cayó con violencia en toda la estension del brazo; pero sus grandes ojos negros destellaron como carbunclos, y sus labios mas encendidos se comprimieron con fiera. En un movimiento convulsivo cogió la mano del infante, y llevándola al corazón, le replicó con arrogancia:

—Infante D. Juan, el corazón de Inés de Avendaño está tan tranquilo como el vuestro y no le aterran los verdugos: ve los peligros en su amor y los teme para quien ama: si desprecias con tal fiera sus presentimientos mas tristes, recibid su mano de esposa, y cúmplanse nuestros destinos.

La belleza de Doña Inés en tal instante era divina, el sonido de su voz profético, y su resolución heroica. De pié, con la cabeza levantada y su diestra mano tendida hácia D. Juan, conservaba la actitud magnífica de las mayores estatuas griegas y la inspiración de las sibilas. Dobló su rodilla el infante, y con amoroso respeto imprimió dos veces sus labios en la blanca mano de la huérfana; despues la dijo con ternura:

—En este instante, hermosa Inés, acabamos de ligar dos suertes bastante desgraciadas y miserables. Esclavos nuestros cuerpos en el castillo de Carmona, son bastante libres nuestras almas para no doblarse al temor, para resistir la violencia, y para volar, si es preciso, independientes, puras y unidas á la morada de los cielos.

—Sí, D. Juan, exclamó el joven con una exaltación creciente: en este instante desafío toda la furia de los hombres, y pisaría sin inmutarme el cadalso mas afrentoso. Hay momentos estraordinarios en los que la vida nos cansa, por su cortedad y sus miserias, á los que buscamos la muerte, por su eternidad y reposo. Mas allá de esos mundos etéreos, de ese sol que alumbraba, y de esas estrellas que brillan, hay un mundo desco-

nocido á nuestros ojos, pero que ve en esta el alma: y en ese mundo desaparecen las distinciones de la tierra, y la fuerza de los destinos. Las coronadas frentes se humillan ante la virtud de un pechero, y el Dios de justicia levanta al que los hombres humillaron.

—¿Inés!

—Sí, Don Juan. ¿No os llena de orgullo ese mundo?

—Es tan hermoso, como Inés. Mas escuchad, hermosa mía: si antes de volar á ese mundo os cercasen las asechanzas, os oprimiesen las violencias, os apremiasen la seducción, jurais á Dios y á vuestros padres no pertenecer á otro hombre que á D. Juan?

—Lo juro, dijo Doña Inés.

—Mirad esta daga, señora: es la misma que mi noble hermano Fadrique llevaba al cinto cuando lo asesinó D. Pedro. Esta daga debe vengarle. Si es mi destino perecer como el maestro de Santiago, vos, á quien tomo por esposa, cuidad de recoger esta arma, para que cumpla su destino. Nada mas exijo. Voy á tratar con Hinestrosa de nuestro enlace, Doña Inés.

El infante besó de nuevo la blanca mano de la joven, y salió á buscar á D. Lope.

CAPÍTULO III.

Apeöse de su potro;
Y despidiendo la gente,
Se subió á la fortaleza
Diciendo entre si mil veces.
ROM. DE ROMANCES MORISCOS.

Al mismo tiempo que el infante manifestaba su cariño á la huérfana de Avendaño, otra escena mas animada tenia lugar en el gran patio del Castillo.

Sobre largos poyos de piedra, un sinnúmero de monteros conversaban alegremente, refiriendo sus hazañas, con una entonación heroica, no contra el moro granadino, que á la sazón estaba quedado, pero sí contra los jabalíes, contra los venados y los lobos.

Para fortalecer los estómagos y remojar bien la palabra, daban enamorados besos á una bota de moscatel, que la generosidad del infante habia presentado á su gula.

Los espíritus del licor se elevaban á los cerebros, y los comensales alegres hacían confundirse sus brindis con los ladridos de la jauría.

Muchas notables ocurrencias se relataron á la vez, apareciendo mas prodigiosas en las lenguas de los mas borrachos.

Allí era de ver la bravura con que un montero alto y fornido habia luchado contra un oso, sin mas defensa que sus brazos. Allí el encarnizamiento de otro que acosado por un venado, logró cogerlo por las astas y hacerlo rodar largo trecho, rompiéndole despues el cráneo á un solo golpe de su puño. Allí la intrepidez de un viejo que

luchó á bocados con un jabalí furibundo, presentando á todos, cual prueba, la honda cicatriz de un colmillo. Allí... mas dejemos que cuenten, y mirémos hácia otra parte.

Algunos mozos de caballos, no muy lejos de los monteros, limpiaban con grande premura corceles de velocidad y firmeza, mientras un jovencillo rubio, con ojos azules y despiertos, y una naricilla remilgada, trenzaba su larguísima crin á un caballo de noble raza y grande brío.

Era este corcel tordo oscuro, con una alzada de ocho palmos, y unos miembros al par que finos proporcionados y nervudos.

El cuello corto y torneado estaba cubierto de crines blancas, y una larga cola de lo mismo contribuía mucho á su hermosura.

Salía por sus anchas narices una respiración de fuego, y cuando azotaba su mano el pavimento del Castillo arrancaba chispas del suelo.

Este caballo inteligente agradeció en cierta manera la predilección del buen paje, y cada vez que aproximaba su cabeza á la del generoso bruto, le mordía éste los cabellos, pero sin hacerle algun daño, y dejando solo regada con menudas perlas de espuma su lengua melena de oro.

A muy pocos pasos de Enrique, pues este es el paje de que hablamos, estaba un hombre bien vestido, como de cincuenta años de edad, y de muy mediana estatura.

La fisonomía de este hombre, sin tener nada repugnante, era de aquellas que nunca inspiran confianza.

La rareza de sus cabellos habia prolongado su frente, y unas cejas poco pobladas daban escasa sombra á sus ojos de un pardo claro, muy inteligentes y pequeños.

Su nariz, de una regularidad perfecta, armonizaba con sus labios descoloridos y delgados, y su tez, un tanto amarilla, no asentaba mal al conjunto.

Muy ágil en sus movimientos dejaba entrever, sin embargo, mas bien las fuerzas de su alma que la robustez de sus miembros.

Tal era D. Lope de Hinestrosa, alcaide de la fortaleza, y guardador, como hemos dicho, de tan envidiables tesoros.

Al entablar conocimiento con el tutor de Doña Inés, será completamente vano que pretendamos traslucir la causa de su abatimiento moral. Es verdad que se nos presenta en una meditación triste, que muerde tenazmente su labio inferior, y que se aparta los cabellos como si abrumasen su frente. Tambien es verdad que, aun cuando dicta sus órdenes para la batida, no está en reposo su cabeza.

En medio de sus meditaciones oyó el alcaide relinchar al caballo tordo, que saludaba á su señor con alborozo manifiesto.

A pesar de sus posiciones respectivas, siempre habia guardado D. Lope al infante todas las preeminencias del rango, y así se apresuró á recibirle.

En ninguna ocasion D. Juan necesitaba usar

mayores miramientos, ni mas cortesanías finezas con el alcaide de Carmona, que cuando iba á solicitarle en tan importante negocio. Cogió la mano de D. Lope y retirándose á un extremo le dijo:

—Tengo recibidas D. Lope, grandes y reiteradas pruebas de vuestra consideracion y afecto.

—De mis deberes nada mas.

—Sin duda que considerais como deberes las mas exquisitas finezas; pero permitidme continúe.

El alcaide no abrió sus labios y el infante prosiguió así:

—Aunque no calculo hasta qué punto me hubiera sido fácil llevar á cabo cierto empeño, sin consultaros sobre él, he considerado oportuno haceros una confianza....

—¿De amor? interrumpió el alcaide, sonrojándose ligeramente la superficie de su piel.

—De amor, tartamudeó D. Juan.

—Esa confianza es bien inútil, dijo Hinestrosa, poniéndose de nuevo pálido. ¿Creeis posible, señor infante, queden por mucho tiempo ocultos unos amores bien sentidos, pero disimulados mal?

D. Juan mordió un poco sus labios, y no respondió una palabra.

—Sí, continuó diciendo D. Lope, disimulados muy mal, para que no llegasen á noticias de un hombre de cincuenta años.

Se recalco un poco en la frase D. Lope, y continuó con mas dulzura:

—Ya podeis conocer, infante, que vuestra confianza, á lo menos carece de gran novedad.

—Con todo, le replicó D. Juan, haciendo sobre sí un esfuerzo, tiene una parte que ignorais y que voy á manifestaros. Mi amor hácia vuestra pupila no es un pasatiempo liviano, que ó se mantiene de esperanzas ó se desvanece cual humo. Yo adoro á Inés con frenesí, y vengo á pedir os su mano.

A estas palabras tan precisas sintió Hinestrosa un sacudimiento galvánico, y necesitó todo su aplomo para manifestar cierta calma. Desvanecidos sus primeros ímpetus, pasó dos veces su mano por la frente, y mirando al jóven con dulzura le dijo, no sin grande esfuerzo:

—¿Habeis pensado alguna vez sobre vuestra posicion, D. Juan?

—Muchas he pensado, Hinestrosa; y debo decir sin rebozo, que las mas de ellas me confundo antes de conocer mi objeto. No tengo duda que mi hermano me hace guardar como á enemigo, pero no conozco mi crimen, ni me parece, D. Lope, justo, que se me condene para siempre al aislamiento y la prision. Yo debo mil consideraciones á mi alcaide; pero me falta la libertad, que es la vida de nuestras almas, tan necesaria para ellas, como el aire para existir. Aquí teneis cuanto yo pienso. ¿Podeis noticiarme algo mas?

D. Lope vaciló un instante; pero con acento dulce contestó al hermano del rey:

—Yo quisiera poder añadir algunas noticias, señor, á lo que acabais de decirme; pero sin conocer las causas que impulsaron al rey D. Pedro á confiarme vuestra persona, obedezco sus ins-

trucciones y las cumplo sin vacilar. Esta reclusion, enojosa para un jóven de ánimo heroico, no ha dejado de producir os grandes ventajas; pues en el castillo de Carmona habeis contemplado desde lejos el choque de encendidos bandos, y no descubre vuestra frente la negra mancha de rebelde....

La frente de D. Juan se anublaba, y una convulsion repentina hacia estremecer sus miembros. No se escapó á la penetrante mirada de D. Lope que, interrumpiendo su discurso, preguntó con calma al infante.

—¿Os poneis malo?

—No, D. Lope.

—Veo alguna palidez en vuestro semblante.

—No es nada. Pero me haríais un gran favor manifestándome simplemente qué debo esperar de Hinestrosa para unirme con Doña Inés.

Es muy justa vuestra impaciencia, y voy á satisfacerla al punto. Con el doble encargo que tengo, respecto á mi jóven pupila y al noble hermano de mi rey, debo hacer presente á su alteza la resolucion que habeis tomado; y si aprueba vuestros deseos, yo seré el primero á cumplirlos.

—¿Teneis algunas órdenes del monarca, para oponeros á mi enlace?

—Ningunas.

—Pues en ese caso, D. Lope, bien podeis aprobar mi boda, y hacer se lleve pronto á cabo sin contrariar ningun precepto.

—Vos lo encontraréis todo muy llano con la impaciencia de un amante: yo lo miro todo escabroso con la meditacion de un viejo.

—Os deberé tanto, D. Lope, si condescendeis á mi súplica, como si me dieseis un cetro.

—Bien quisiera satisfaceros; pero es á tal punto imposible....

—¿Imposible! exclamó D. Juan, con mal reprimida fiera, y poniéndose mucho mas pálido.

—Imposible, repitió Hinestrosa con una dulzura afectada.—¿Mas vuestra palidez se aumenta? ¿Queréis que dejemos la partida?

—No, D. Lope. Necesito respirar el aire y es muy estrecho este castillo. Cuando el alma padece mucho necesita el cuerpo fatiga, y la agitacion de la caza cambiará el curso de mi sangre. Si un jabalí sale á mi encuentro, podré clavarle mi venablo. Y es tan hermoso matar fieras....

—¿Hola! monteros, á caballo, gritó D. Lope con voz firme. Todos obedecieron al punto.

—¿Enrique! pronto mi caballo, gritó poco despues el infante.

El paje se llegó á D. Juan, sujetando al fogoso tordo, y presentándole el estribo.

No vaciló un punto el infante, y apenas ocupó la silla, cuando ya Enrique cabalgaba sobre un overo de ocho palmos, pues el jóven paje buscaba siempre el caballo de mas alzada.

Tambien iba á montar D. Lope, cuando aparecieron dos ginetes, armados de piés á cabeza y en dos empolvados corceles.

El que caminaba delante, y ser el amo parecia, descabalgó con ligereza, tirando sus riendas

al otro. Atravesó el patio velozmente, y llegando junto al alcaide, que el pié en el estribo tenia, le dijo unas cortas razones, en un tono bastante bajo para que las oyese Hinestrosa y ninguno de los demas.

Iba D. Lope á descubrirse, pero el desconocido le detuvo el brazo, antes de que pudiese hacerlo.

—Infante D. Juan, dijo Hinestrosa, podeis marcharos cuando os plazca, pues una ocupacion urgente me imposibilita la partida.

D. Juan no respondió palabra, animó al generoso bruto, y se precipitó al galope. Mas cuando su noble caballo estuvo cerca del misterioso personaje, cruzó las orejas con espanto, y salvó de un bote un gran espacio de terreno.

Enrique movió la cabeza, ó disgustado ó receloso, y el recien venido por su parte fijó una mirada siniestra en el caballo y el ginete, diciendo á media voz y con grandes muestras de enojo:

—Mucho se parece á Fadrique.

—Mucho tambien á D. Alonso, dijo Hinestrosa; y ambos personajes marcharon hácia el interior del castillo.

CAPITULO IV.

El gran rey D. Pedro, que el mundo reprueba,
Por serle enemigo quien hizo su historia,
Fué digno de clara, y famosa memoria,
Por bien que en justicia su mano fué ceba.
DON DIEGO DE CASTILLA.

Estamos en el gran salon. Altas ventanas ogivas, cerradas con vidrios de muy diferentes colores, prestan una luz algo escasa á las molduras de los muebles y á los tapices de los muros.

Grandes siales de nogal tallado y mesas de la misma clase pueblan esta cuadra imponente; en cuyos altos artesones descuellan esculturas fantásticas.

Los pasos de dos hombres resuenan en su pavimento de mármol; y estos dos hombres que pasean son el alcaide del castillo, y su huésped recien llegado.

Poco aficionados á misterios, vamos á revelar sin tardanza nombre y calidad del incógnito, empezando por su retrato.

Éra éste, segun nos refiere su crónica, blanco, rubio, de buen parecer en el rostro, y de cuerpo y ánimo grandes. Parco en el comer y dormir, allegaba grandes tesoros, y era sufridor de trabajos. Si añadimos á esta pintura, que ceceaba un poco en el hablar y que sonaban sus canillas, no habrá lector que no reconozca al rey D. Pedro, llamado por los historiadores Cruel, y por los poetas Justiciero.

Cuál de estas dos calificaciones sea la mas exacta, es muy largo de discutir; y por mas que digan los filósofos, que la verdad es indivisible y es una; yo, respetando sus opiniones, creo como de fé, que el rey D. Pedro tuvo bastante de ambas cosas; pues siendo el vicio muchas veces la exageracion

de una virtud, la misma justicia llevada á extremo puede convertirse y se convierte en muy refinada crueldad.

Si los defensores del rey me dicen que era cumplido caballero, yo responderé conformándome, que era español, y esto bastaba. Empero añadiré ciertamente, que aunque nacido el rey D. Pedro con altas cualidades de príncipe, probó la sangre siendo jóven, y se aficionó mucho á ella como el elefante en las batallas.

Si los opositores de D. Pedro quieren poner ante mis ojos una gran serie de cadalsos, yo no les negaré los hechos; pero sí diré que una parte de estas ejecuciones sangrientas fueron debidas á los dardos con que molestaban al leon.

El rey D. Pedro reunió en sí una muchedumbre admirable de buenas y malas pasiones; y el rey que con mejor consejo hubiera fundado en España una monarquía protectora, retrasó en un siglo este grandioso pensamiento.

Mas dejándome de cronista, tomo al hijo de D. Alonso como mas á mi intento conviene; y sin rebatir panegíricos, ni buscar causas, muy ocultas ó muy dudosas, para justificar efectos, coloco al rey D. Pedro en la gran sala del castillo, conversando con Hinestrosa en los términos que se siguen.

—Pardiez, señor alcaide, dijo el rey, que no me ha parecido prudente hayais soltado de la jaula á un jóven tigre, que bien podria tomar cariño á la libertad de los campos.

—Estoy muy seguro, señor, que dentro de muy pocas horas habrá vuelto el tigre á su jaula. ¿Pero me será permitido saber por qué inesperada fortuna recibo en Carmona á su alteza?

—Me han traído aquí, señor alcaide, una razon y dos pasiones.

—D. Pedro se interrumpió un instante, como esperando la pregunta; y viendo que D. Lope callaba, continuó de esta manera:

—Es mi razon, haber recibido noticias, que sobre los campos de Araviana acaba de vencer D. Enrique á mis soldados de Castilla.

—¿Y mi hermano? preguntó el alcaide azorado.

—Tranquilízate, contestó el rey. Quedó en el campo entre los buenos.

—D. Lope se enjugó una lágrima, y su fisonomía descompuesta por un instante, fué recobrando poco á poco su impassibilidad ordinaria. El rey continuó su discurso:

—Esta inesperada derrota, me pone en la necesidad de armar gentes que restablezcan mis negocios. Aquí teneis, pues, la razon. He hablado tambien de dos pasiones, y me conviene preguntarte por la huérfana de Avendaño.

—Está cuidada con esmero.

—Y tambien estará muy bella. ¡Oh! me acuerdo de haberla visto un solo dia; pero conservo bien su imágen. Estaba en la mezquina iglesia del Villaryo de Salvaves, vestida de luto, y tan pálida como las velas del altar. Sus ojos bañados de lágrimas se levantaban á los cielos con una

espresion indecible, y cuando los fijaba en la tierra, los ángeles y los querubines envidiaban esas miradas al blanco mármol de un sepulcro. Yo, D. Pedro el Cruel, ó el Justiciero y el valiente, que de todo dirá mi historia, temblaba como una violeta, y me aparté de aquel lugar sin que descubriese mi rostro. Desde aquel malhadado día, he combatido en mar y tierra: he lavado, Lope, mis manos con sangre de damas, de infantes y de reinas; pero la memoria de Doña Inés vive siempre, y compraría sangre con la sangre de mis arterias.

Durante el discurso del rey toda la sangre de Hinestrosa se habia subido á su cabeza; pero fijándose en sus ojos, conservaba el rostro amarillo, y martirizaba sus labios.

Por mas esfuerzos que probaba, ninguno encontró á propósito para recobrar su sangre fria: y por toda respuesta al rey tartamudeó algunas palabras.

La situacion del rey D. Pedro no era menos agitada y ardiente, aunque bajo aspecto distinto: y así sin escuchar un punto á D. Lope, continuó con mas entusiasmo:

—Muchas veces tomo la pluma para firmar una sentencia, y no discurre entre mis dedos: muchas veces voy á comunicar mis órdenes, y la garganta se me anuda: muchas veces detengo el brazo al triste aspecto de una vírgen pálida y bella; y esta vision que me persigue en las vigiliass y en los sueños; esta vision que temo y amo; esta pupila de Carmona, es la huérfana Doña Inés.

Ya sabes mi pasion, D. Lope. Codicio á la hermosa Avendaño, y estoy decidido á poseerla.

—¡Imposible! exclamó Hinestrosa.

—¡Imposible! repitió el rey, sacudiendo con fuerza el brazo izquierdo del alcaide. ¡Imposible para el rey D. Pedro! No. Tú has perdido el juicio, D. Lope, y no debo hacerte algun caso.

Despues añadió con sarcasmo:

—Querrá predicarme continencia el que me entregó su sobrina: y á fé que era hermosa como un ángel, y á fé que aun la quiero, D. Lope. Hallais imposibles para mí: se engaña mucho el noble alcaide. Yo hice anular mi matrimonio por dos reverendos obispos, para casar con Doña Juana, y despues de una feliz noche, no he visto mas á la de Castro. Yo hice á Doña Aldonza Coronel, besar arrodillada mis manos, y estaban teñidas en su sangre. La hija del señor de Aguilar recibió el fuego de mis besos sobre la nieve de su seno, y yo enjuagué con sus cabellos el llanto ardiente de sus ojos. ¡Imposibles para mí, D. Lope! Estais soñando, ¡vive Dios!

Dos veces estrechó D. Lope el rico puño de su daga, con una convulsion horrible. ¿Era el ánimo del alcaide hundirla en el seno del rey? Me es imposible contestar.

La gran reserva de Hinestrosa, su impassibilidad continúa, habian desaparecido del todo; y aquella cabeza de hierro, caldeada al fuego de mil Etnas, despedía centellas de sí.

¿Qué causas habian producido un fenómeno tan extraño? Tampoco puedo responder. En el discurso de los años, y aglomerándose los hechos, quizá se descifre el misterio, bien por circunstancias imprevistas, bien por confesion del alcaide. Tengamos paciencia entre tanto, y prosigamos nuestra historia.

Vuelto sobre sí nuestro alcaide, dijo al rey con un tono humilde:

—Jamás he tratado, señor, de contrariar vuestros deseos, y me habeis castigado bien, por contradeciros un punto. He procurado, rey D. Pedro, evitaros un sinsabor, aunque esta buena intencion mia redunde en descrédito de mi lealtad y en grave daño de mi honra. Cuando he repetido á S. A. que la posesion de Doña Inés era imposible, tuve, señor, tan solo en cuenta. . . .

—¿Qué?

—Que Doña Inés ama rendida. . . .

—¿A quién, alcaide?

—A vuestro hermano.

—Hé aquí mi segunda pasion, dijo el rey con una carcajada sorda. Hé aquí mi segunda pasion: la venganza.

El alcaide se quedó inmóvil. El rey D. Pedro daba vueltas con la rapidez del relámpago, y hacian un ruido sus canillas muy semejante al de los dados cuando ruedan sobre un tablero. Manchas de sangre se mostraban en sus pupilas centellantes, y sus labios secos y rojos daban libre paso á un aliento recio como los huracanes, y como la lava encendido.

Hinestrosa, el mismo Hinestrosa, dejando aparte su extraordinaria sangre fria, estaba atemorizado al aspecto del monarca de las Castillas, y quizá se arrepintió entonces de haber llamado la tormenta que presagiaba tal estrago.

D. Pedro se paró de pronto, y dando una recia puñada sobre un bufete de nogal, que se dividió en dos mitades:

—Es posible, dijo, que por do quiera los Guzmanes hayan de salirme al encuentro. Late mi corazon de niño por la hermosa Juana Manuel, y hay un conde de Trastamara, bastante feliz, bastante osado, para disputar á su rey la posesion de una belleza, y para llamarla su esposa. . . . Quiero gobernar mis Estados con independencia y justicia, y un D. Enrique y un D. Tello levantan provincias enteras y me ponen en grave aprieto. Me obligan, sí, me obligan á contraer un matrimonio detestable, y el gran maestre de Santiago pasa muchos meses de viaje con Doña Blanca, con mi esposa. Pongo en grave apuro á Albuquerque, y D. Fadrique y Trastamara le prestan proteccion y apoyo, dando fundamento á la liga que en favor de la reina forman; en la que mi propia madre entra, y de la que sufro desafueros en las conferencias de Toro. Por evitar mayores daños doy á D. Enrique permiso para que sirva al rey de Francia, y apenas comienzo la guerra con el monarca de Aragon, cuando llega Enrique á mis fronteras, tala las fértiles comarcas de Almazan y Soria, y vence á las huestes de Cas-

tilla sobre los campos de Araviana. Veo en medio de tales disgustos y cuidados una mujer como los ángeles hermosa, como los querubines radiante, como las vírgenes de Dios pura; y esta mujer ama entusiasta. . . .

—Sí, le ama, murmuró D. Lope.

—Maldicion sobre la raza entera, exclamó el rey. No quede ni uno solo á vida, y los bastardos de Alonso Onceno apaguen con su sangre impura todo el volcan de la civil guerra y el hondo cráter de mis celos.

Aquí se interrumpió D. Pedro, recorrió de nuevo la estancia apretándose la cabeza y lanzando sordos rugidos.

Temblaba el pavimento á sus pasos y los vidrios se estremecian. Ya tropezaba en un sitial, ya echaba á rodar una mesa, y ya con las puertas chocaba.

Despues de haber dado mil vueltas, se paró con alguna calma y dijo al alcaide Hinestrosa:

—Necesito ver á Doña Inés.

—La diré que el rey de Castilla me manda. . . .

—Sí, la dirás que el rey de Castilla desea verla algunos instantes, y no volverás, Hinestrosa, sin su consentimiento á verme.

—Quizás oponga resistencia.

—No hay excusa, señor alcaide. El rey D. Pedro quiere hablarla, y se ha de cumplir su deseo.

—Todo será como mandais.

Don Lope se alejó al momento, y el rey D. Pedro se dispuso para presentarse á la huérfana.

CAPITULO V.

Pues D. Pedro de Castilla
Tan valiente y tan severo,
¿Qué hizo sino castigos,
Y qué dió sino escarmientos?
QUEVEDO.

IRRITADO el rey todavía con un contratiempo tan invencible, segun todas las apariencias, marchaba con pasos desiguales, parándose de vez en cuando para proseguir sus pasos. A pesar de su natural arrogancia, sentia D. Pedro un embarazo, poco comun á su carácter, y temia, al par que deseaba ser presentado á Doña Inés. Cercado de inquietudes serias por la guerra con Aragon y la deslealtad de sus nobles, solo un corazon tan volcánico y unas pasiones tan sin freno hubieran podido ocuparse de peligrosos galanteos, cuando claudicaba su trono. Mas el hombre que por la Castro habia publicado un divorcio y contraido nuevas nupcias, abandonándola al día siguiente, no ponía freno al apetito ni reparaba en los obstáculos.

Cuando estaba mas distraido entre su amor y sus deberes, penetró en la estancia Beatriz, muy descuidada á la verdad de un encuentro tan imprevisto. Iba la dueña algo incomodada por el lance de la mañana, y en meditacion tan profunda,

que sin reparar en el rey chocó con él de tal manera, que estuvo á punto de hacerle rodar por el suelo. D. Pedro no habia visto entrar á la dueña, por tenerla vuelta la espalda, y al inesperado empujón revolvió furioso y con su daga ya desnuda.

El juramento de D. Pedro fué de una entonacion espantosa, y un ¡ay! doliente de la dueña, que ya se creyó ánima en pena, la contestacion mas humilde. Aterrada la pobre Beatriz con tan inesperado lance, se hincó en el suelo de rodillas, y abrazándose á las del rey le solicitaba perdon de una manera tan ridícula, que el monarca un momento antes irritado, y que habia temido quizás, no pudo menos de reirse, y levantó á la dueña con cierta bondad no muy comun en el leon de las Castillas.

Era el lado flaco de Beatriz, hablar siempre lo mas posible, sin desperdiciar ocasion, y el manifestar sus excusas se la presentó muy cumplida.

—Señor, dijo la pobre dueña: yo no sé como reprenderme un aturdimiento á mis años que os ha causado algun disgusto.

—No ha sido cosa.

—¡Oh! sí, ha sido mi falta bastante grave y reprehensible; pero tiene una dias tan fatales, que todo le sale malísimo. Empezó este con una disputa insufrible sobre una crónica bien antigua. . . .

—¿Os preciais de mujer leida?

—Leida no, replicó la dueña, con una modestia aparente, porque no conozco las letras y los libros andan escasos; pero he oido relatar muchísimas cosas, y mi memoria no es ingrata.

—¿Y del reinado de D. Pedro, teneis aquí muchas noticias?

—Desde que estoy aquí muy pocas, porque nos tienen bien guardadas, pero en otros tiempos muchísimas.

—¿Y qué opinion teneis formada de D. Pedro? —Me parece bastante malo, y desde que asesiné á. . . .

—Dueña, replicó el rey airado, el rey D. Pedro no asesina: castiga á los rebeldes y traidores.

—Perdonad, señor, si. . . .

—Nada tengo que perdonar: es una advertencia sencilla. ¿Sabeis algunas anécdotas de él?

La dueña estuvo muy tentada para responder que ninguna, pero su pasion favorita se sobrepuso, como siempre, y prosiguió de esta manera:

—No dejo de saber algunas, y una particularmente curiosa, cuando casó con Doña Blanca. Voy á referiros la al punto.

Entre las joyas y preseas que presentó la joven reina al rey D. Pedro, se distinguia por el trabajo una rica cinta de oro: el rey, que estaba enamorado de Doña María de Padilla, abandonó al punto á su esposa, y fué á buscar á su manceba. Temerosa la joven dama de que el rey burlase su amor por el cariño de la reina, hizo que hechizase un judío la hermosa cinta, y poniéndosela un día D. Pedro al cuello, creyó tener una culebra y abandonó á su buena esposa.

—¿Nada mas sabeis de ese cuento?